periódico; revolucionario meritorio. Escribe para el teatro, ó folletos; si su prosa tiene aceptacion, si por ella logra influencia, una de dos: ó *pesca* un empleo, un puesto lucrativo, y entonces se vuelve hombre de órden; ó, al contrario, *no pesca*, y entonces conspira, firmemente decidido, si la cosa va bien y si llega al poder, á apropiarse lo más que pueda del bien público y á suprimir el *fanatismo* y la *supersticion;* gran revolucionario, padre de la libertad. En una palabra, se hace un hombre revolucionario, acostumbrándose á rechazar la autoridad paterna, religiosa y política. El gusto de la rebelion se desarrolla cada año más, y bajo la inspiracion del demonio, se vuelve muchas veces un verdadero malvado.

XXII.

Cómo se deja de ser revolucionario.

Las sociedades dejan de serlo haciéndose católicas, completamente católicas, y los individuos acudiendo al sagrado tribunal de la confesion. No existen otros medios para lograrlo.

La Revolucion es la rebeldía, el orgullo, el pecado; la confesion, y con ella la muy dulce y santa comunion, es la humilde sumision del hombre á su Criador; es el amor, la fuerza, el órden.

He conocido á uno de estos felices convertidos del campo revolucionario. Habíase entregado á todos los escesos de la rebelion del espíritu y del corazon; habia rechazado la Iglesia como una cosa anticuada y perjudicial, la autoridad, como un yugo vil. Siendo representante del pueblo, y perteneciendo al partido de la *Montaña*, habia soñado no sé qué regeneracion social. Honrado, sin embargo, en el fondo y sincero en sus estravíos, pronto vió abrirse delante de sí unos abismos que jamás hubiera sospechado; vió de cerca á

los revolucionarios, con sus proyectos y sus obras. Partidario de los famosos principios de 89, vió salir de ellos las fatales consecuencias del 93; cogió la Revolucion in fraganti..., y conducido al bien por el esceso mismo del mal, tendió sus brazos desesperados hácia aquella Iglesia que habia desconocido; se arrepintió, examinó, creyó, y depuso á los piés del sacerdote, junto con la carga de sus pecados, la librea horrorosa de la Revolucion. Esto sucedió cerca de diez años há, y desde entonces ha encontrado paz y felicidad. Hace un bien inmenso á su alrededor, dedicándose con santo ardor al servicio de Jesucristo. Y en las filas poco cristianas de nuestros jóvenes demócratas, ¡cuántos nobles corazones, engañados por las *utopias* revolucionarias, buscan esa paz y esa felicidad sin poderlas encontrar! Las aspiraciones de sus almas no quedarán satisfechas sino cuando se sometan al dulce yugo del Salvador, y cuando, volviéndose verdaderos católicos, esperimenten el poder divino de la palabra evangélica: «Venid á mí, todos vosotros los que sufrís y los que trabajais; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontraréis el descanso de vuestras almas.»

Y lo que es verdad para el individuo, lo es tambien para la sociedad; el hijo pródigo, el mundo moderno, miserable por estar léjos de la casa paterna, léjos de la Santa Iglesia, no encontrará reposo más que á los piés de Jesucristo y de su Vicario sobre la tierra.

XXIII.

La reaccion católica.

¿Somos reaccionarios? No, si por tales se entienden unos espíritus sombríos, siempre ocupados en echar de ménos lo pasado, el antiguo régimen, la edad media: «Nadie, decia el

buen Nicodemo, nadie puede volver al seno de su madre para nacer de nuevo.» Esto lo sabemos, y no queremos cosas imposibles. Sí; somos reaccionarios, si con esto se entiende ser hombres de fe y de corazon, católicos ante todo, que no transigimos con principio alguno, que no abandonamos verdad alguna, y que respetamos en medio de las blasfemias y de las ruinas revolucionarias, el órden social establecido por Dios, y estamos decididos á no retroceder ni un paso ante las exigencias de un mundo pervertido, y miramos como un deber de conciencia la *reaccion antirevolucionaria*.

Ya lo he dicho: la Revolucion es el gran peligro que amenaza á la Iglesia en el dia. Digan lo que quieran los *adormecedores*, este peligro está á nuestras puertas, en el aire que respiramos, en nuestras más íntimas ideas. En vísperas de grandes catástrofes, siempre hubo de estos ciegos mudos y sordos incomprensibles, que nada quieren ver, nada oir ni comprender. «Todo va bien, dicen; nunca estuvo el mundo más ilustrado, ni el público más próspero; nunca el ejército fué más valiente, ni estuvo la administracion mejor organizada, ni se vió la industria mejor, ni fueron las comunicaciones más rápidas, ni la pátria se encontró tan unida.»

Tales hombres no ven, no quieren ver que bajo este órden material está oculto un profundo desórden moral, y que la mina, pronta á estallar, se encuentra en la base misma del edificio. Dormidos y adormeciendo á los otros, abandonan la defensa, la hacen abandonar á los otros, y entregan la Iglesia desarmada en manos de la Revolucion.

Y, sin embargo, es más claro que la luz del dia que la Revolucion es el anticristianismo, que llama á sí todas las fuerzas enemigas de la Iglesia: incredulidad, protestantismo, cesarismo, galicanismo, racionalismo, naturalismo, falsa política, falsa ciencia, falsa educacion. «¡Todo esto es mio, todo esto sirve para mi obra, esclama la Revolucion; todos marchamos contra el *enemigo comun!* No más Papa, no más Iglesia, libertémonos del yugo católico, emancípese la humanidad.»

Este es el terrible adversario contra quien todo cristiano está obligado en conciencia á resistir y obrar, como hemos dicho, y esto con toda la energía que dá el amor de Dios, unido al verdadero patriotismo. Este es *nuestro* comun enemigo; preciso es vencer ó morir.

¿Y cómo vencerémos? Primeramente, repito, no temiendo. Un cristiano, un católico, un hombre honrado solo teme á Dios. Seguros como estamos de que Dios está con nosotros, debemos tambien estarlo de que, tarde ó temprano, la victoria será nuestra. Quizá será necesario que haya sangre vertida como en los primeros siglos, humillaciones y sacrificios de toda especie; bien puede ser así. Pero al fin vencerémos: *Confidite, ego vici mundum.*

Luego debemos poner al servicio de la *Gran causa* todas las influencias, todos los recursos de que podamos disponer. Si por nuestra posicion social podemos ejercer una accion general sobre la sociedad, sea por nuestra pluma, sea por cualquier otro medio legítimo, no faltemos á nuestro deber católico de hombre público. Hagamos el bien en la mayor escala posible.

Si no podemos ejercer más que una accion individual y limitada, guardémonos de creer que esta influencia está perdida en medio del torbellino. El Océano solo se compone de gotas de agua reunidas, y convirtiendo individuos, ha llegado la Iglesia á convertir, á trasformar el mundo, despues de tres siglos de indomable paciencia. Hagamos como ella; en frente de la Revolucion, universal como enton-

ces el paganismo, busquemos, aunque sea individualmente, «el reino de Dios y su justicia, y lo demás nos será dado por añadidura.» Jóvenes, hombres maduros, viejos, niños, mujeres, muchachas, ricos, pobres, sacerdotes, seglares, seamos lo que seamos, trabajemos confiadamente, y hagamos la obra de Dios; si el mundo se llena de Santos, si la mayoría de los miembros que componen la sociedad se vuelve profundamente católica, la opinion pública reformará por sí misma y sin sacudimiento esta sociedad que se pierde, y la Revolucion desaparecerá.

Tengamos para el bien la energía que la Revolucion tiene para el mal. No hace mucho la oimos decir á los hijos de las tinieblas: «El trabajo que vamos á emprende no es obra de un dia ni de un mes, ni de un año: puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas, el soldado muere, y la lucha sigue. No perdamos valor por un revés ni por una derrota; de derrota en derrota es cómo se llega á la victoria.»

Hijos de la luz, tomad esta regla para vosotros, y aplicadla con el celo del amor. La Iglesia es pobre: ¿sois ricos? dadle vuestro oro: ¿sois pobres? partid vuestro pan con ella. La Iglesia es atacada con las armas en la mano: por vuestras venas corre una sangre generosa; ofrecedle vuestra sangre. La Iglesia se ve calumniada indignamente. ¿Teneis voz? Pues hablad. ¿Manejais una pluma? Pues escribid en su defensa. La Iglesia se ve abandonada, entregada traidoramente por los que se llaman sus hijos: su única confianza está en Dios: haced por vuestras oraciones que llegue pronto el socorro de arriba. Sírvanos á todos de lema el hermoso dicho de Tertuliano: *In his, omnis homo miles:* hoy dia todo católico debe ser soldado.

Ante todo, es preciso en el siglo que atravesamos formar-

se con cuidado el espíritu y la inteligencia; preciso es fundar la vida sobre principios puramente católicos, para no ser arrastrados, como muchos, por todos los vientos de doctrinas. Casi todos los jóvenes que se entregan á las ideas revolucionarias, carecen de aquellos principios sérios y reflexionados, cuyo punto de partida es la fe. En este punto pesa una terrible responsabilidad sobre aquellos hombres que están encargados de instruir á la juventud; de mucho tiempo acá, la enseñanza y la educacion son la cuna oculta de la Revolucion.

Andémonos con mucho cuidado respecto de nuestras lecturas; hay *muy pocos* libros buenos, muy pocos verdaderamente puros en cuanto á principios políticos y sociales; casi todos ellos desconocen totalmente la mision social de la Iglesia; ó la rechazan, ó no se dignan hablar de ella. No teniendo ya, como punto de partida, la autoridad divina, se ven obligados á basarlo todo sobre el hombre; sobre el Soberano, si son monárquicos, y de ahí resulta el absolutismo ó el cesarismo; y si son demócratas, sobre la soberanía del pueblo, y esto es la Revolucion propiamente dicha. En ambos casos hay error fundamental, principio social anticristiano. Los más peligrosos de estos libros, al ménos para lectores honrados, no son los libelos abiertamente impíos, sino más bien los de falsa doctrina moderada que profesan un cierto respeto á la Iglesia: 89 es mucho más peligroso que 93.

Desconfiad sobre todo de los libros de historia. Solamente de algunos años á esta parte, un cambio feliz, debido á la buena fe y á estudios más concienzudos, nos ha proporcionado algunas obras preciosas, que bastan para disipar las preocupaciones y los errores. (1) Hace tres siglos que la historia

(1) Entre otras citaré: *La Defense de l'Église*, por Gorini; *Histoire de l'Infaillibilité des Papes*, por l'Abbé Constant, y, en fin, la esce-

ha sido trasformada en una verdadera máquina de guerra contra el cristianismo: antes por el ódio protestante, y más tarde por el volterianismo, se ha vuelto, dice el conde De Maistre, «una conspiracion completa contra la verdad.»

Lo que es verdad de los libros, lo es tambien, y mucho más, de los *periódicos*, esta peste pública que envenena al mundo entero. Casi todos ellos son los campeones manifiestos ú ocultos de la Revolucion.

Nada es tan peligroso como un periódico no católico; su lectura continuada cada dia se insinúa pronto y profundamente en las cabezas mejores, y acaba por falsear el juicio. Os lo suplico: no os abandoneis á ninguno de estos periódicos, y ménos todavía á aquellos que cubren sus malas y perversas doctrinas con una máscara de honradez y se dicen conservadores. «No hay peor agua que la estancada.»

En fin, recomiendo á los jóvenes una instruccion religiosa muy fuerte y sólida. No me atrevo á hablarles de la *Summa* de Santo Tomás, obra maestra incomparable, que reune, con un órden magnífico, toda la doctrina religiosa, toda la tradicion católica; pero las inteligencias han bajado de tal modo desde que la fe no sostiene la razon, que en el dia ni aun se está en estado de comprender lo que aquel gran Doctor ofrecia á los *estudiantes* de la *Edad media*, como «leche para los principiantes.»

Entre muchas obras de fondo, recomiendo la *Teología dogmática* y la *Exposicion del derecho canónico*, por el Cardenal Gousset; la *Regla de fe*, por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios filosóficos* de M. Nicolás; como resúmen

lente *Historia Universal de la Iglesia*, por Rohrbacher, que es un verdadero repertorio de todos los documentos que pueden formar y fijar la inteligencia de un jóven católico

de la doctrina cristiana, el gran *Catecismo del Concilio de Trento*, traducido por Mons. Doney; en fin, las escelentes *Respuestas populares* del P. Trance, que reasumen con estraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura todas las controversias que están *á la órden del dia*.

No basta la claridad en la inteligencia, precisa es además la santidad del corazon. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reaccion contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, estraña al mundo; y en todo animada por el Espíritu del Evangelio. Debe orar á menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así, en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fe, de oracion y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reaccion* contra la seduccion de los falsos principios y el torrente universal de corrupcion. Este es nuestro deber, deber del cual daremos cuenta á Dios cuando nos llame á su presencia. Este deber mira ante todo á los que directa ó indirectamente tienen cargo de almas: los pastores de la Iglesia, Obispos y Sacerdotes, Doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar á todos los hombres todos sus deberes y preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados, que, como hemos dicho, deben vigilar indirectamente por la salvacion de sus pueblos, facilitando á la Iglesia su saludable mision; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazon.

¡Bendiga Dios nuestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

XXIV.

¿Es preciso luchar contra lo imposible?

Todo consiste en saber si es *imposible*. Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario francés. ¿Es verdad? No lo sé; lo que sí sé es que no es palabra cristiana. «Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para Dios.» Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecia imposible, y tres veces imposible, que doce pescadores judíos lo convirtieran á la *locura de la Cruz?* ¿No parecia imposible que San Pedro reemplazase á Nerón en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realizacion permanente del oráculo del Salvador: *Et nihil impossibile erit vobis.* «Para vosotros nada será imposible.» (Luc. XVII, 19.)

Si no me engaño, es ménos difícil de arreglar el mundo actual, que lo que fué para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fe triunfará ahora como triunfó entonces.

«Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiéndose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y democráticas, pareciendo un hecho consumado la imposibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer más y más este estado deplorable de las cosas, ¿no seria quizá más razonable, y acaso aun más útil á la buena causa, el aceptar el hecho, el hacer concesiones sobre el derecho y contemporizar sin temor con los principios modernos? Obrando de otro modo, ¿no nos esponemos acaso á comprometerlo todo? Y ¿no seria esto esponer la Religion á recriminaciones públicas?»

Guardaos de creer esto. En los tiempos de transicion como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin la verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminutæ sunt veritates à filiis hominum.* Como depositarios de todos estos principios sagrados de la vida religiosa, social, política y doméstica, devolvámoslos al mundo, que se muere por falta de conocerlos. Abajo, pues, con la prudencia humana; lo perderia todo. *Prudentia carnis, mors est.* Seamos prudentes, esto sí; pero prudentes en Cristo. Pasarémos, como siempre, por insensatos, pero seremos muy sábios. «Insistamos, como nos lo manda la fe, insistamos oportuna é inoportunamente; reprendamos, supliquemos, señalemos el mal con toda perseverancia y doctrina.» Estas son las palabras del Apóstol San Pablo, que nos lo pide con instancia: «Delante de Dios y delante de Jesucristo, juez de vivos y muertos;» y añade, profetizando las debilidades humanas y de los tiempos en que vivimos: «Porque vendrá un tiempo en que no se tolerará la sana doctrina, sino que los hombres se abandonarán apasionadamente á una multitud de doctores aduladores, y desviándose de la verdad se alimentarán de fábulas. En cuanto á vosotros, velad y no temais el castigo. (II ad Tim. IV.)» Nada más claro que esta regla de conducta; tengamos pues el valor de adoptarla.

«¡Pero se clamará contra la Iglesia!» Se clamará, y luego ya no se gritará más. ¿No se grita acaso en el dia? ¿Qué es el periodismo, qué la política en toda Europa sino un grito permanente contra la Iglesia, bajo el nombre de *partido clerical*, de *ultramontanismo*, de *fanatismo?* Hablemos alto y fuerte en medio de este clamoreo; acordémonos que nos está prohibido el callar: *Væ mihi, quia tacui!*

«Pero pidiendo demasiado, nada obtendreis.» De ningun modo pedimos demasiado; pedimos lo que Dios quiere,

y lo que los hombres deben darle; lo que es justo, y, en fin, lo que solamente puede salvarnos á todos. Observadlo bien; aquí se trata de una cuestion de vida ó muerte, como en otro tiempo, entre el paganismo y el cristianismo; son dos principios que se excluyen el uno al otro, la Iglesia y la Revolucion, Jesucristo y el diablo; entre ellos no hay término medio. Por otra parte, ¿tendríais aun la simpleza de creer que las concesiones sirven de algo con los revolucionarios? «Una sola concesion puede satisfacernos: *esta es la destruccion completa y entera del poder temporal de la Iglesia.*» Estas son las palabras testuales de la Revolucion. Si pedíamos poco, nada ganaríamos.

«¡Pero debemos ser caritativos!» Sí por cierto; la caridad y la dulzura pueden volver los culpables al buen camino, y por esto hemos de ser siempre dulces y caritativos; pero las cuestiones de principios son cuestiones de *verdad* y no de caridad, y en ellas no hay materia para concesion alguna. Antes que sociedad de caridad, es la Iglesia sociedad de verdad. Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaría de serlo, y no sería más que debilidad y traicion.

«¡Pero la prudencia es necesaria aun para decir la verdad, y tampoco se deben tirar las perlas á los cerdos!» Sin duda alguna; pero jamás debe hacerse traicion á la verdad, ni á la Iglesia, ni á Cristo, bajo el pretesto de atraerse con más facilidad las simpatías de los hombres. Nunca observó la Iglesia tal conducta; nunca recurrieron á esta falsa prudencia los Apóstoles, los Papas ni los Santos. Los cristianos que obrasen de otro modo obrarian mal; y si sus rectas intenciones no los escusaran, serian, á no dudarlo, culpables á los ojos de Dios.

«¡Pero, en fin, todas las verdades no son buenas para dichas!» Ya lo se; pero esto se entiende solamente de aquellas verdades que hieren sin utilidad alguna, y no de aquellas que pueden curar y salvar. Ahora bien; solo las verdades del órden católico, antirevolucionario, pueden salvar el mundo en el tiempo en que nos hallamos. Proclamémoslas, y con una firmeza caritativa salvemos á nuestros hermanos, aun á pesar suyo.

Y, en fin, como dice el P. Lacordaire en una de sus magníficas Conferencias, «vale más intentar algo que no intentarlo.»

No está todo perdido todavía. Las circunstancias son graves, y todos lo reconocen; la Iglesia pierde cada dia más su influencia, por no decir su existencia *social*; por todas partes hay católicos; y buenos católicos; pero ya no hay poderes católicos, ya no hay Estados constituidos segun el órden divino, el mar revolucionario avanza cada dia más, como las olas del primer diluvio; pero, á pesar de todo, siempre existen los elementos de salvacion. Lo repito con seguridad: el estado actual del mundo es un estado transitorio. Una de dos: ó la Iglesia, en un tiempo dado, triunfará de la Revolucion, y en este caso desaparecerian por sí mismas estas necesidades de transicion que se nos quiere obligar á aceptar hoy dia como principios, dejando el campo libre á los principios eternos del cristianismo, ó, al contrario, triunfará la Revolucion por algun tiempo; y entonces ¿de qué nos habrán servido las concesiones que ahora se nos aconsejan? Si ha llegado «la hora de las tinieblas,» la hora del príncipe de este mundo; si está en los altos designios de Dios que sucumbamos en la lucha, defendiendo hasta el fin los derechos de Dios; si así debe ser; al ménos habremos sido buenos servidores, y podremos decir con el grande Apóstol:

«He combatido por el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe. Solo me queda el recibir la corona de justicia, que me dará Nuestro Señor, el Divino Juez.»

«¿Puede acaso la Revolucion triunfar del todo de la Iglesia? ¿Puede acaso perecer la obra de Dios?»—La obra de Dios no perecerá, pero sucederá con la Iglesia lo que sucedió con su Divino Jefe; tendrá como Él *su hora*, su pasion, su calvario, su sepulcro, antes de reinar sobre el universo entero, y antes de juntar bajo el cayado del Pastor celestial á toda la humanidad. Todo esto lo profetizó el Evangelio.

Pero esta solucion *muy posible* de la cuestion revolucionaria, merece que nos detengamos un poco en ella.

XXV.

Terrible y posibilísimo término de la cuestion revolucionaria.

Cierto número de católicos, y entre ellos muchos Obispos y Doctores muy eminentes en ciencia y santidad, tienen la profunda conviccion de que nos acercamos á los últimos tiempos del mundo, y que la gran rebelion que viene destrozando desde hace tres siglos todas las tradiciones é instituciones religiosas, tendrá por fin el reino del *Antecristo*.

Es de fe revelada que á la última venida de Jesucristo precederán un trastorno moral horroroso y la más terrible lucha de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet.* (S. Math. xxiv, 21.) Lo mismo que el cristianismo entero se resume en la persona de su Jefe Divino, nuestro Salvador, lo mismo el anticristianismo entero con sus rebeliones, sus atentados y sus sacrilegios se resumirá en aquellos tiempos en la persona de un hombre que estará lleno de la inspiracion y de la rabia de Satanás, y este hombre será el *Antecristo*. Este será una especie de

encarnacion de Satanás, y el esfuerzo supremo de la rebeldía del demonio contra Dios.

La Escritura nos habla claramente, en muchas partes, de la aparicion de este en el mundo; entre otras, en el capítulo xxiv de San Mateo, en el xxiii de San Márcos, y en el xxi de San Lúcas, y en muchas epístolas de los Santos Apóstoles. (1) En cuanto á San Juan, es el que ha sido escogido por la Divina Providencia para enseñarnos, en la magnífica profecía de su *Apocalipsis*, los dolores que precederán y acompañarán el reinado maldito del Antecristo, la destruccion de este, y por fin, el reinado glorioso de Jesucristo y su Iglesia. (2)

El Antecristo reasumirá, decíamos, y en un grado supremo, todos los caractéres de todas las revoluciones anticristianas. Será gran sacerdote como Nerón y como los otros Emperadores paganos; heresiarca como Arrio, Nestorio, Manés, Pelagio, Lutero y Calvino; destruirá y matará como Mahoma y los demás bárbaros; se rebelará contra el Papado como los Césares de la edad media, como el cismático Focio; negará el verdadero Dios en Cristo y su Iglesia, y hará reinar sobre todo el universo el satanismo ó la Revolucion perfecta. Despues de una persecucion universal, sin ejemplo desde que existe el mundo, volverá á echar á la Iglesia en las Catacumbas, abolirá el culto divino, se hará adorar como el Cristo-Dios, y como tal se creará un Pontífice jefe de su culto impío; y todo hombre que no lleve su marca en la frente ó en la mano derecha, será declarado fuera de la ley y condenado á muerte. El reino revolucionario del Antecristo durará tres años y medio. Nuestros Santos Libros contienen la narracion espantosa y profética del mismo, y nos

(1) Véase sobre todo la segunda epístola á los Tesalonicenses, cap. ii.
(2) Véase el *Apocalipsis*, desde el cap. vi hasta el xx, el que refiere la ruina del Antecristo y el triunfo de la Iglesia hasta el juicio final.